

E. MIRET MAGDA LENA

«**L**A Iglesia no sabe dónde situarse". ¿Por qué? "Por causa de una ineptitud para comprender los elementos fundamentales de nuestra modernidad", se dice hace unos días en el periódico católico La Croix. Y esto les pasa a todos en la Iglesia: clérigos y laicos, obispos y simples fieles.

Tenemos, o una indigestión de modernidad que no hemos sabido digerir, o una repulsa cerrada e histérica contra ella, agarrándose algunos rezagados a las seguridades del pasado como a un clavo ardiendo.

Los Obispos son un ejemplo bien expresivo de lo que digo. El mejor ejemplo quizá, porque ellos, desde su alto pedestal anacrónico, resultan más llamativos en todo lo que dicen o hacen de cara al público. En esas figuras podemos ver retratado a lo vivo lo que digo.

No hay más que echar una ojeada a la prensa, y leer lo que está pasando y se está diciendo en el Sínodo Mundial, que se celebra en Roma. Un par de centenares de dirigentes eclesásticos, entre curiales romanos y prelados extranjeros, están reviviendo los "gloriosos" tiempos del Concilio. En esa Asamblea restringida de selectos se sientan a gusto, exponiendo estos dirigentes —que no líderes verdaderos muchos de ellos— sus ocurrencias a los cuatro vientos.

La verdad es que a las miradas de espectador del mundo actual, aquello resulta una pobre imagen. Tanto verbalismo y disquisición académica suena a música celestial, a evasión de los verdaderos y auténticos problemas del hombre.

Confieso que me aburro leyendo lo que dicen, como les pasa a la mayoría de los católicos y no católicos que tienen la paciencia de leerlos. Y digo esto de la paciencia porque me parece que cada vez hay mayor número de personas que confían menos en esta galería verbal de demostraciones más o menos teatrales. Yo he leído en otros tiempos con apasionamiento los famosos discursos de Pío XII, que pasaban a creyentes y no creyentes por su afán de modernidad. Devoraba también con verdadero afán las crónicas del Concilio Vaticano II, como les ha pasado a tantos hombres y mujeres que esperaban de todo ello algo. Hoy, en cambio, estamos de vuelta de estas cosas. De una vez, nos hemos dado cuenta que lo que viene de arriba de la pirámide, religiosa o profana, vale poco para el verdadero desarrollo del hombre. Este necesita partir de otro centro muy distinto: de la realidad de las cosas y de la realidad de uno mismo, ahondando en ella con seriedad.

Todo lo que en este mundo —sea eclesástico o civil— viene sólo de arriba sin participación vital y personal, a la larga sirve de muy poco, porque no está en contacto con la realidad, sino que se encuentra quien lo proclama necesitado de jugar un papel, el papel que él, de buena fe, se ha inventado, sustituyendo la viva enseñanza de la realidad dinámica del mundo de las cosas y de los

hombres, por sus bienintencionadas pero equivocadas o inoperantes ocurrencias.

La postura adecuada no es ésta, sino la contraria. Todos estamos embarcados en un mismo barco, el de la vida. Y ninguno podemos abdicar de nuestra condición de responsables de lo que en ella ocurra. Por eso no hay nada más que una sola actitud: la perpetua interrogación. Hemos de preguntarnos los hombres valientemente por el mensaje de la vida no una vez por todas, sino constante y pacientemente, sin dejar nunca de hacerlo. Esto es aparentemente más incómodo que descansar apaciblemente en un falso lecho de seguridades exteriores. Seguridades aparentes, porque reposan sobre un volcán lleno de fuego. El volcán de la vida, que cualquier día puede estallar, como les ha ocurrido últimamente a tres o cuatro amigos míos, que se han secularizado repentinamente cuando nadie lo esperaba de ellos.

Un católico —obispo, clérigo o seglar— que no se pregunta por el sentido de todo lo que nuestro cambiante mundo le va presentando un día tras otro, ni es cristiano ni verdaderamente humano. Pero, ¡cuidado!

INTERROGANDO A LA VIDA

No se trata de mariposear vagamente por lo que está de moda: ayer el derechismo, hoy el esnobismo "gauchista" o el pseudoanarquismo. Lo que tenemos que hacer es conocer las cosas por uno mismo, acostumbrarse a vivirlas y reflexionarlas a fondo sin veleidad alguna. Y captar la verdad, con nuestro personal esfuerzo: la difícil y progresiva verdad, que nunca alcanzamos completamente. Sin desdeñar el reconocer que no la hemos encontrado completamente, o incluso que nos hemos equivocado en todo o en parte al vivir un sustitutivo insatisfactorio, hecho de doctrinas, normas y ritos sin verdadero sentido.

Cuando la Iglesia, sobre todo la Iglesia alta, aprenda esta lección de cosas que da la cultura actual, modesta, paciente e insobornable en su investigación de la verdad, entonces estaremos en camino.

Aunque también la Iglesia baja, la de los fieles de filas, que somos el resto de los mortales católicos, debemos aprender lo mismo. Hemos de superar todo dogmatismo cerrado —ayer conservador y hoy progresista— para estar en la realidad, y no conformarnos con lo que esta realidad tiene de inaceptable para el hombre verdaderamente hombre, sino aceptar la parcela de verdad que descubramos, se llame como

se llame y se encuentre donde se encuentre.

Hace falta preparar el futuro y no encastillarnos en lo que fue otras veces o se dijo en otras ocasiones. El porvenir está como germen en la dinámica de las cosas; en la dinámica constructiva de las mismas, no en el esquema de ideología muerta que repetimos mecánicamente una generación tras otra. Hay que crear, y el espíritu humano estaba a punto de perder su poder creativo, ahogado por tabúes religiosos, seguridades económicas o doctrinales y egocentrismos empujados, por muy espirituales que parecieran.

Tengo un amigo que perdió la fe porque el sacerdote con el cual se aconsejaba espiritualmente siempre le respondía a sus cuestiones vitales con un esquema hecho, con una frase establecida. Pero volvió a recuperarla cuando se encontró con un "gurú" indio que le habló de lo que él vivía, y no de lo que su grupo le obligaba a pensar. Los católicos hemos vivido demasiado tiempo de clichés confeccionados, en vez de vivir de la experiencia humana profunda: la que nos aclara lo que es positivo o negativo con la observación personal de la práctica, analizada reflexivamente por nosotros mismos. Si nuestra práctica es rutina sin meollo vital, ¡atención!, estamos en plena confusión, y poco durará esta práctica en un mundo tan cambiante y problemático como el actual. Si, en cambio, cortamos por lo sano y ponemos antes la experiencia profunda, es seguro que ideas o prácticas hoy rutinarias desaparezcan y otras se revitalicen. Lo que no podemos hacer ya es dogmatizar diciendo de antemano cuáles serán revitalizadas y cuáles desaparecerán. De nosotros depende la selección, de nuestra seriedad vital, y no de temores, auto-engaños o ficciones alienadoras.

Yo desconfío de todo lo demás. Y lo digo con total franqueza, porque no podemos esperar por más tiempo a una renovación que jamás vendrá de esa cúspide de la pirámide clerical o profana, sino de la base. Porque la cumbre eclesástica está siempre demasiado entretenida por jugar su papel, resultando el elemento conservador de la estructura, porque antes se defiende ella a sí misma con argumentos abstractos y situaciones establecidas, que defiende la vida que tiene ante sus ojos.

No hace muchos días me decían unos amigos que un obispo, considerado como progresista hasta ayer, les conminaba a permanecer dentro de los esquemas mentales establecidos por la conservación eclesial y a transmitirlos a los demás. Y ante la duda expresada por ellos de que esto fuese camino adecuado para difundir y aceptar el Evangelio, sino más bien para perderlo y quedarse solos, les contestó: "Pues, si los obispos nos quedamos solos, solos nos quedaremos muy a gusto". Como si fuese la Iglesia un ejército compuesto únicamente de generales. ■